

## SUMARIO

*Unidad de tiro de infantería*, por Mannel Burguete, comandante de infantería.—*Introducción al estudio de la guerra*, por el teniente coronel Montaigne.—*Las fortificaciones de Flesinga*.—*Destreza en el tiro de la marina británica*.—*Bibliografía*.

### BIBLIOTECA

Pliego 25 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Perez.  
Pliegos 6 de «Un año en el Ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.  
Pliego 22 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg.  
Pliego 17 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.

---

### UNIDAD DE TIRO DE INFANTERÍA

Hoy para nuestra infantería y en virtud de lo dispuesto en los reglamentos tácticos y de tiro, recientemente publicados, es unidad de tiro única é indivisible la sección. Sólo su oficial comandante dirige el fuego sin que le sea lícito en los casos que convenga—que veremos son muchos—subdividir esta dirección en sus unidades inferiores, dentro siempre de una alta dirección. Los dos sargentos y los cuatro cabos comandantes de las escuadras no tienen otra misión, y por lo que al fuego se refiere, que todo lo más vigilar se cumplan por los soldados las órdenes que dé el oficial.

Y como esto se compagina muy mal á nuestro entender con la realidad de la guerra y pues sobre este asunto algo hay consignado en una acta, suscrita por los comandantes que asistieron al primer curso de información de jefes, de la Escuela de Tiro, tomaremos ésta como punto de partida en los razonamientos que vamos á hacer.

Dice así el documento: “Consecuencia de la propia observación hecha por cada uno con anterioridad á este curso, sumada á la suministrada por el mismo, en los ejercicios demostrativos de dirección y conducción de las tropas bajo el fuego, que han patentizado las grandes dificultades que tiene el comandante de la sección, para regular, vigilar y hasta hacerse entender en un frente tan grande por toda su tropa, y por consiguiente, dar puntual cumplimiento á las prescripciones que á su criterio le sugiere la dirección del fuego en aquel momento, hace creer á los jefes que suscriben que no debe tomarse como tipo único de unidad de tiro á la sección. Que ésta debe ser un límite máximo superior, en el que el mismo punto á apuntar por todos los hombres de ella debe ser empleado, sólo en

casos de estar en línea, muy concentrada, ó en otros, que exige el punto á batir una gran densidad de impactos."

"Que fuera de estos casos que son particulares, su generalidad exige se subdivida esta unidad de fuego, en los submúltiplos (dos escuadras) que podríamos volver á llamar pelotón, ó hasta en la escuadra último punto de esta subdivisión. Sin que esta repartición del fuego por repartición de puntos en blanco, ó subdivisión de la unidad de tiro, según quiera llamársela, pueda hacer perder la cohesión de la total sección, ni aun la alta dirección del oficial."

Todavía sigue en el acta algo más, pero son consideraciones ya de orden puramente táctico, pidiendo que las clases de tropa, no sea su puesto, como actualmente, estar embebidas en la línea de fuego, sino detrás de ella, á fin de vigilar y mandar sus unidades. Y por último se pide también que, siendo un asunto de importancia y transcendencia, la Escuela lo examine y dictamine reformando en esta parte si es preciso los reglamentos.

Nosotros, respetando el dictamen que este centro docente se sirva dar cuando estudie bien el asunto, pues hasta la fecha no ha emitido juicio alguno, y sin tener la pretensión de que lo que aquí digamos sea lo de artículo de fe, lo más cierto, pues hoy se escribe y se habla de todo, vamos, según hemos dicho al principio, á permitirnos hablar sobre ello, sirviendonos de base el acta con la que estamos en un todo conformes y para poder sentar la conclusión: de que es preciso é indispensable repartir el fuego en el combate, á la mitad de las grandes, medias y mitad superior de las pequeñas distancias, primero entre los grupos de dos escuadras, bajo el mando de los sargentos, y después entre las escuadras bajo el mando de los cabos. Conservando el oficial no obstante, siempre, la facultad de nombrar y señalar el total objetivo que debe batir la sección y dentro de éste los puntos en blanco á que deberán apuntar las distintas subdivisiones, y si toda la fuerza de su sección está en la misma línea, dar el alza para todos y poder señalar los disparos por ráfaga, etc., etc.

¿Y es que dentro de los preceptos reglamentarios no puede esto hacerse?

¡De ninguna manera! Los reglamentos son terminantes. Determinan de un modo preciso que la sección debe siempre apuntar á un mismo punto. Hay siempre concentración de fuegos; no dan margen á esta repartición.

Para el análisis que de este punto vamos á hacer, importa que como preliminar nos remontemos al aspecto general del fuego, á fin de destruir un error que por muchos se da al alcance que tiene la definición de fuego colectivo. Entienden éstos que fuego colectivo es sólo el que ejecuta una tropa bajo el mando y dirección de un jefe que les marca no sólo la clase de fuego que deben ejecutar, cartuchos que han de consumir en cada ráfaga del de á discreción, alza con que deben tirar y objetivo por batir; sino el *punto preciso del mismo á que deben apuntar todos los hombres.*

Y todo fuego que no esté centrado en esta forma, no lo consideran como fuego colectivo.

Por consiguiente, consideran como bajo la denominación de fuego individual al que ejecutan esos mismos hombres bajo la dirección de ese jefe, que les marca todo, menos el punto á apuntar, mandándoles que cada uno apunte á su frente, al objetivo que elija ó tenga enfrente.

Nosotros, disintiendo de ellos, diremos: que tan fuego colectivo es el primero, el *centrado*, bien sea toda la sección la que centre á un mismo punto, caso reglamentario, ó sean varios los puntos á centrar, uno por cada subdivisión, como el *no centrado*, que es el caso en que cada soldado apunte á su frente y que es el que hemos mencionado.

Pues por fuego individual sólo y únicamente debe entenderse el que ejecuta ó tiene necesidad de ejecutar un hombre que se encuentra solo, tal como el centinela, explorador, etc., que al no tener á su intermediación una clase á quien consultar, al tener necesidad de hacer uso de su arma tiene que elegirse el objetivo, punto del mismo á que deberá apuntar, alza con que deberá tirar y número de cartuchos que tendrá que consumir.

Hay que pensar piadosamente que todo fuego que ejecuta una tropa desplegada en guerrilla, en todos los momentos y casos del combate será fuego colectivo. Siempre habrá un mando que dará alguna regularidad al fuego.

Daríamos pruebas ó de gran indisciplina ó de ser una muchedumbre no calificada como tropa, una línea de tiradores en que los hombres, cualquiera que sea la proximidad al contrario, obrase de *motu proprio*, eligiéndose cada uno el objetivo, ó dándose el alza y hasta graduándose la velocidad del fuego. Siempre, aun desde los cuatrocientos metros hasta el momento del abordaje, en que creemos ya no conviene el fuego centrado, ni aun el de las subdivisiones y que se entrará en la aplicación del fuego que hemos denominado no centrado, el mando no se habrá perdido por completo; no deberá perderse. El oficial y las clases tendrán algún ascendiente sobre el soldado. Luego hasta el último momento al haber mando, el fuego será colectivo.

Por eso entendemos que centrado ó no, el fuego de una guerrilla es siempre fuego colectivo.

En todos los tratados y cursos de tiro se estudian sólo las excelencias del fuego centrado. Condiciones y propiedades á que satisface este fuego y que son conocidas. El terreno batido por los proyectiles está circunscrito por una elipse que tiene por eje mayor en sentido de la longitud, ocho desvíos probables longitudinales y por eje menor en sentido del ancho, ocho desvíos probables laterales. Y también sabemos que la densidad de impactos y con arreglo á leyes numéricas que nos da el cálculo, esta densidad va disminuyendo del centro á la periferia.

¿Y qué pasará en el fuego no centrado? Pues seguramente pasará, aun-

que no se estudie en los cursos de tiro, y debiera estudiarse, pasará, repetimos, lo siguiente:

Que en este fuego de trayectorias paralelas, no convergentes como en el centrado, los impactos se deberán agrupar en un rectángulo que tendrá de frente, próximamente, el ancho de la unidad que tira y de fondo ocho desvíos probables longitudinales, del fuego individual á aquella distancia. Y que la ley de repartición que se estudia para el centrado se cumplirá aquí respecto á la longitud ó fondo del rectángulo, siendo el reparto en el frente casi uniforme.

Vemos es un fuego, no al azar, sino también regulado. ¿Por qué, pues, desdenarlo?

Y no insistiendo más en esto y volviendo al centrado, que es el que se emplea más tiempo en la lucha, empecemos ya al análisis de él, paso á paso en el combate.

Dos fases características presenta éste. Primera: cuando las tropas están bajo el alcance del cañón y lejos del de fusil. Segunda: cuando se está dentro del alcance de este último.

Para nuestro objeto esta división la haremos del siguiente modo: Las tropas bajo el fuego de cañón y fusil, pero sin haberse adoptado todavía por ninguno de ambos el orden de combate. Y las tropas ya desplegadas en este orden.

De todos es sabido, que en cuanto se notan por ambos contendientes los primeros efectos del cañón, se abandona la columna de marcha y se adopta una especie de orden preparatorio de combate, si así pudiéramos llamarle, que la técnica aconseja esté constituido por sucesivas líneas de á cuatro, en que las secciones están unas de otras á cincuenta ó más metros de intervalo y las líneas á cuatrocientos ó seiscientos metros unas de otras. Y en este orden se sigue aun estando bajo el alcance de la fusilería, hasta que circunstancias tácticas aconsejan al mando se tome el orden de combate por la primera línea. Momento que será á propio intento retardado por ambos bandos y nunca anterior á los mil ochocientos metros de distancia, en que para nuestro fusil la curva de vulnerabilidades de la línea de á cuatro corta y pasa á ser mayor que la de la guerrilla.

¿Qué pasará en este primer período?

Pues ocurrirá que, marchando nuestras secciones en columna de á cuatro con estos intervalos y por líneas sucesivas, cada una de éstas al llegar á algún accidente harán alto, se detendrán para tomar algún respiro y luego proseguirán la marcha. Detrás de estos accidentes y hasta para acoplarse mejor á ellos, y en el intermedio del alto, podrán las secciones pasar de la columna á la línea, recomendación que hace el teniente coronel del ejército francés Colligny, en su bien escrita obra "Consejos á mi batallón. La Infantería en el combate".

Y si nuestras secciones de la primera línea en esta disposición de res-

piro ven avanzar á su frente y en línea también de á cuatro á su contrario y á tiro ya de los fusiles, ¿por qué no hacerles fuego?

Cada una de nuestras secciones puede elegir como objetivo á una de las secciones contrarias, que se nos presente en columna de á cuatro.

Hay que lanzarles una ó varias ráfagas, las que podamos, interín se sustraen á nuestros fuegos.

Cada uno de los objetivos contrarios se nos presenta con un frente de cuatro hombres. Cae toda la sección contraria, si centramos nuestro fuego al pie y centro de esos cuatro hombres, dentro de la parte más densa y mejor de nuestro haz colectivo del fuego centrado.

Por nuestra parte, como la sección está en línea concentrada y ocupando un frente pequeño, no hay dificultad para el mando y dirección de su fuego. Nunca puede decirse mejor que el oficial la tiene toda en la mano. Haciendo que todos los hombres apunten al punto en blanco que él les marque, se consiguen efectos magistrales. Se basta en este caso el oficial como director único é indivisible del fuego de su sección.

¡He aquí el límite superior que dijimos al principio! Sigamos el análisis.

Supongamos ahora que por circunstancias dadas nos hemos visto obligados á adoptar para la primera línea el orden de combate, aunque el contrario todavía sigue en líneas de á cuatro.

Tendremos ya en este caso la sección toda en guerrilla ocupando un frente ó extensión de setenta metros por término menor, suponiendo forman en la sección sólo cuarenta y ocho soldados sin las clases, á intervalos reglamentarios.

Cumpliendo con el precepto reglamentario y como en el caso anterior, cada sección elige como objetivo una de las secciones en columnas de á cuatro contrarias y centran su fuego sobre el pie y centro de cada objetivo.

Alguna dificultad tendrán ya los oficiales al mandar sus secciones, ocupando un frente tan grande al no tenerlas ya materialmente en la mano, pero si las clases colocadas detrás de la línea y no en ella le ayudan, aun podrán vencer algo esta dificultad.

Pero este centrado de toda nuestra sección sobre el objetivo seguirá siendo y produciendo efectos tan magistrales como en el caso anterior, y que harán que á pesar de la dificultad del mando que hemos dicho, siga siendo conveniente todavía el centrado de toda la sección.

¿Pero qué pasará ahora en nuestro enemigo?

Viendo éste que cada una de sus secciones es tomada como objetivo y que á cada una de ellas mandamos como con una manga de riego una lluvia de proyectiles que materialmente la siega, dejará el orden cerrado y por su primera línea tomará también el orden de combate.

¡Y aquí empieza ya la necesidad de la subdivisión!

Ya tenemos una guerrilla enfrente de otra. A nuestro objetivo lo supondremos no sólo enfrente de nosotros, sino ocupando un frente ó extensión igual á la nuestra, de setenta metros.

Si nuestro oficial director del fuego manda apuntar á todos los hombres al pie y centro del objetivo de enfrente, tendremos ahora y por lo que respecta á la dispersión lateral, única considerable, pues la guerrilla no tiene fondo con la columna de á cuatro.

Que teniendo el objetivo, como hemos dicho, setenta metros de frente y siendo el desvío probable lateral del fuego colectivo centrado á los mil ochocientos metros, cuatro metros con veinte y tres centímetros, cinco metros si se quiere, teniendo en cuenta que en la guerra el tiro abre más que en el polígono, y siendo la total dispersión lateral ocho veces dicho desvío, resultará, repetimos, que de los setenta metros de blanco sólo quedarán batidos nada más que los cuarenta centrales; y en ellos los hombres que se encuentren desplegados en guerrilla. Algunos de los cuales, por virtud de las leyes del fuego, sobre todo los centrales, quedarán materialmente acribillados á balazos. Quedarán, pues, treinta metros, quince á cada ala del blanco ú objetivo sin que dé en ellos un solo proyectil é inmunes, por consiguiente, los hombres que en ellos estén.

Y esto que pasa sólo en una sección, súmese á lo de todas y se verá lo que da para la línea total de combate.

¿Es esto lógico? ¿Se puede en buena tesis admitir esa excesiva acumulación de impactos en unos puntos y en otros que no den ni uno? Además de la dificultad ya dicha del mando de una línea de setenta metros ¿no basta con un solo proyectil para sacar un hombre fuera de combate? ¿A qué, pues, acumular tantos en algunos hombres del enemigo? ¿Se puede repartir mejor ese fuego? Veamos cómo.

Si en lugar de mandar el oficial de la sección apuntar á todos sus soldados á un mismo punto del blanco, divide mentalmente éste en dos partes, y al centro y pie de la mitad de la derecha manda el sargento apuntar á los hombres de las dos escuadras de su derecha, y al pie y centro de la izquierda apuntar las otras dos escuadras, tendremos conseguido el objeto.

Todavía no sólo cubriremos de proyectiles todo el frente de la sección contraria, sino que nos sobrará fuego por derecha é izquierda y en el centro tendremos superposición.

Pues siendo también de cuarenta metros á la distancia que estamos considerando la dispersión lateral del fuego de las dos escuadras primera y segunda y cuarenta lo mismo el de las tercera y cuarta, en el centro habrá diez metros de superposición y por derecha é izquierda del objetivo sobrarán disparos que se perderán si es una sección sola, ó se superpondrán á las secciones de derecha é izquierda, pues es una línea extensa la que suponemos y no un objetivo solo. No se puede estudiar ninguna cues-

ción del tiro colectivo, considerando sólo un objetivo pequeño, aislado, sino formando parte de una extensa línea de fuego.

Y si repartiésemos todavía el fuego más; si consideramos que el total blanco está dividido mentalmente en cuatro partes y dentro de cada una de ellas, á sus pies y centro, apunta una escuadra, ¿qué no conseguiríamos?

Pero no hace falta á esta distancia de mil ochocientos metros llegar en la repartición del fuego todavía á la escuadra.

Como los desvíos probables van disminuyendo á medida que disminuye la distancia y pues subdividiendo en el grupo de dos escuadras, lo que hemos dicho volveríamos á llamar pelotón, á estos mil ochocientos metros, nos sobran impactos, nos hace falta llegar á la escuadra, á ésta llegaremos al estar á ochocientos metros.

De modo que en síntesis diremos: Mientras la sección en general se sostuvo en orden cerrado y el contrario también, el fuego de ésta debe ser centrado para toda ella. Cuando despliegue en guerrilla é interin su objetivo esté concentrado, puede también seguir haciéndose el fuego centrado de toda ella. Pero al estar el blanco en guerrilla, entonces ya habrá que subdividir estos puntos á apuntar á uno por pelotón, hasta los ochocientos metros en que ya será uno por escuadra, y recurrir al fuego no centrado á partir de esta distancia de los cuatrocientos metros en adelante.

¿Se ve, pues, clara la necesidad de esta subdivisión de la unidad de tiro sección, ó reparto del fuego de la misma por reparto de puntos en blanco?

¿Pero dónde están estas clases tan selectas para esto? ¿Pero es que el asunto es tan difícil que no se pueda conseguir de las clases actuales? ¿Qué autonomía é independencia del oficial de la sección se les da para hacer un papel tan difícil? ¿No es el alto y verdadero director del fuego también el jefe de la sección?

Además con la tendencia moderna del servicio obligatorio y rápido paso por filas de muchos contingentes, ¿no vamos á esmerarnos un poco en el reclutamiento é instrucción de las clases de tropa?

Quizá otro reparo distinto á este puede oponerse á lo expuesto.

Es posible digan algunos: ¿quién priva al oficial comandante, sin necesidad de repartir este fuego entre sus subdivisiones para batir todo el objetivo, hacer eso de por sí, mandando á cada ráfaga apuntar á toda su gente al punto en blanco que él les diga y de ese modo, *transportando su tiro*, conseguir el mismo objeto?

Pues porque los transportes de tiro matemáticos en el nuevo material de artillería con el empleo del goniómetro es fantástico en infantería.

El capitán de artillería, director del fuego de su batería, haciendo uso de su anteojo (goniómetro) de batería, y con el auxilio de los goniómetros que tiene cada una de sus piezas, puede no sólo hacer la puntería colectiva de toda su unidad, sino repartir y transportar el tiro de toda su batería, ó de las piezas que le convenga, en la forma que quiera.

Señalando como todo el mundo sabe un punto visible como referencia, al que se enfoca no sólo el anteojo sino los colimadores de las piezas, y mandando aumentar y disminuir tantas milésimas á partir de dicho punto y si el fuego ha de repartirse añadiendo escalonar tantas milésimas, tantas como él ha medido en su goniómetro, en vista de las dimensiones con que se presenta el objetivo á la graduación ocular del anteojo, queda reducido el problema. Estando el afuste del cañón fijo en el suelo el cañón se desplaza automáticamente con arreglo al desplazamiento que el sirviente de la izquierda de la pieza hace desplazar en milésimas la manivela del goniómetro.

Ya no necesita apuntar el artillero, ni saber en qué dirección queda el cañón. El solo tiene que desplazar la manivela en milésimas que le marca el capitán, único apuntador de todas las piezas.

¿Dónde tenemos en infantería algo semejante?

Aquí el fusil no se apunta automáticamente sino que lo apunta el hombre y á éste hay que hacerle ver el punto en blanco.

Y cuando éste es muy visible, perfectamente; pero cuando no ¿qué procedimiento tenemos?

¿Haciendo uso del ingeniosísimo procedimiento de la mano y su brazo en extensión? ¿Del goniómetro con que la naturaleza parece nos ha dotado?

¿Pero es tan sencillo el sistema para que todos los soldados puedan estar y deban estar, de ser factible el transporte del tiro, instruídos?

Creemos que no.

Y al ser esta nuestra creencia y con la convicción de lo expuesto, deseamos que la Escuela de Tiro como más competente que nosotros en este asunto, con la actividad y amplio criterio que la inspira, estudiará este asunto de interés para el arma y de transcendencia para la guerra.

MANUEL BURGUETE  
Comandante de Infantería

## INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA GUERRA (1)

Hace treinta y cinco años que soy soldado, ¡treinta y cinco años! ¡toda una existencia humana! Y, llegado al ocaso, he querido darme cuenta de lo qué es realmente esa "Ciencia de la guerra" á la cual he consagrado tantas y tan preciosas horas.

He echado una mirada atrás, y he visto, sobre el camino recorrido, desarrollarse la extraña teoría de las doctrinas que me fueron enseñadas sucesivamente; y, á su lado, me han aparecido, claras y distintas, las fluc-

(1) Véase la sección bibliográfica, en la que nos ocupamos del excelente libro del Teniente Coronel Montaigne.—(Nota de la R.)



tuciones y transformaciones de mi pensamiento y de mi fé guerreros, de mi conciencia de soldado.

Primero, ¡Saint-Cyr! ¡Saint-Cyr!, fría prisión que se cierra sobre el adolescente en el momento en que el espíritu, al salir de las humanidades y filosofías, entrevé los pensamientos elevados, los luminosos horizontes. ¡Saint-Cyr! después de esas claridades ¡qué noche!

El pensamiento impuesto en su esencia y en su expresión; la acción en su forma y en sus gestos; la ciencia de la guerra reducida á la solución de problemas de aritmética ó de geometría.

Y el error formidable pesa sobre toda la institución militar; penetra en el regimiento, en las escuelas profesionales, hasta en la Escuela de guerra. El germen de corrupción está en todas partes, emponzoñando los orígenes mismos de la acción y del pensamiento.

Hay que obrar según la fórmula, pensar según la fórmula y morir según ella. El hombre recita, el joven oficial recita, el viejo oficial, canoso bajo los arreos militares, recita. "Estamos aquí para aprender", afirma el jefe; y á ningún espíritu se le ocurre el pensamiento: "Estamos aquí para obrar."

Adolescente, la inteligencia y la voluntad en el jefe—pero sobre todo la voluntad—, el entusiasmo y el valor en el soldado, me aparecían como los únicos factores de la victoria. Pero, bajo la acción disolvente de la enseñanza oficial, aquella imagen se borra para dar lugar á la imagen clásica del juego de ajedrez. El jefe inteligente, el jefe sabio, estrecha á su adversario en la segura red de combinaciones ingeniosas, y por el cálculo se hace dueño de la victoria. En cuanto al soldado—pieza de madera entre las manos del jefe—no pienso siquiera.

Así, al salir de Saint-Cyr, poseo erudición que sirve para agostar mi corazón y petrificar mi espíritu; y, en cuanto puedo, me preparo para la Escuela de guerra, donde tal vez aprenderé y llegaré á saber. Y recorro la "Historia de la guerra de 1870-1871" por el Estado Mayor alemán.

Entonces la sombra se disipa, la luz se enciende; se me aparece la vida en su real y trágica grandeza, desvanecimiento de energías, explosión de pasiones.

¡La guerra, aprisionar este furor, este frenesí, en reglas y fórmulas! Qué crimen—si no fuera locura—. "Armate, ruge y despedaza."

Entré en la escuela de guerra con esta visión y ella fué mi salvaguardia. Mi espíritu, mi corazón quedaron cerrados á los conceptos eruditos de los hombres instruidos, que yo había oído en estado embrionario en Saint-Cyr, que yo había leído, desarrollados, en los clásicos de la enseñanza militar, y que yo encontraba ahora aderezados, adornados, realzados, pero igualmente fríos... igualmente falsos.

Y de pronto, desgarrando lo artificioso y lo convenido, un grito salido

del corazón, una palabra de apóstol. Me ha quedado tan impresa en mi espíritu la escena, que me parece de ayer.

“¡Perece, pero salva á tus hermanos!” De las diez largas conferencias que voy á desarrollar ante vosotros, no os pido más que retengais estas palabras. Ellas encierran la substancia esencial.

Y algunos segundos después, resonando en un silencio casi religioso, esta confesión: “Si hemos sido vencidos en 1870, es porque fuimos cobardes.”

Y la palabra del Comandante Cardot aseguró mi fe.

Sí, la guerra es acción, la guerra es pasión, la guerra es sacrificio. Y todo lo demás es vano, falso, funesto. Porque todo lo demás distrae del pensamiento único, el sólo vital y salvador, el pensamiento de sacrificio. No osando afrontar el drama terrible, temblando ante la ley de sacrificio, los miserables humanos se refugian en la ilusión de la ciencia, y procuran distraerse, por especulaciones hueras, del pensamiento de espanto; para no ver la fosa espantable que el enterrador ha abierto ya, ponen sobre sus ojos la venda de la ciencia. ¡La ciencia, hombre, no salvará tu esqueleto!

¡La guerra! Se admira Austerlitz; nos quedamos extasiados ante la combinación, que se proclama destello del genio, de colocar en el fondo, como carnaza, la apariencia del número, para arrojar sobre las alturas, contra el flanco del enemigo, el número, la masa.

Y nadie admira la potencia, única admirable, que sujeta á los soldados al suelo, en espera impasible de la muerte, y la potencia que, cogiéndolos, los precipita entusiasmados á la obra de carnicería.

Quitad á Napoleón su facultad de fascinación, á sus soldados su bravura, su entusiasmo, y ¿qué quedará? La derrota.

¡Atribuir una victoria del corazón á un éxito del espíritu!

La guerra tiene por objeto el terror, por medio la destrucción. Y terror y destrucción tienen al hombre por sujeto y al hombre por objeto.

Atormentado por el deseo de saber, he estudiado el hombre y los hombres, he examinado los hechos, he investigado las doctrinas; y rechazando libros y doctrinas, encerrándome en mi pensamiento como en un santuario, me he esforzado en llegar á la verdad por la reflexión pura, y penetrar la esencia, el alma misma de la guerra.

Y por un largo rodeo—tanto perjudica la erudición—he llegado á esta verdad sencilla, que *la guerra, conflicto de pasiones, choque de sociedades, es ciencia de orden moral.*

Y mi ambición es *transportar desde el campo intelectual al campo moral, las bases sobre las cuales reposa nuestro edificio militar: instituciones, educación, doctrinas, instrucción.*

Teniente Coronel MONTAIGNE

## LAS FORTIFICACIONES DE FLESINGA

La reciente decisión del gobierno holandés sobre la defensa permanente de las bocas del Escalda y del Mosa, abre un nuevo horizonte á la política internacional y constituye un nuevo estado de cosas que tendrá influencia muy apreciable en el desarrollo de la próxima guerra entre las grandes potencias.

Sabido es que según todas las probabilidades los alemanes han desistido de operar la invasión en Francia, en caso de un conflicto entre ambas potencias, por la frontera del E., la más sólidamente defendida y en la que se presentan no pocas dificultades para el avance sobre París, y se inclinan á envolver aquella red de fuertes, contorneándolos por el N., es decir, cruzando las fronteras belgas para llegar por el camino más corto al objetivo principal. En este concepto, las fortificaciones de Amberes, aunque debidas á garantizar la neutralidad y la independencia de Bélgica, vendrían á ser un poderoso estorbo contra los planes de los alemanes, porque forman un sólido punto de apoyo situado al flanco de la línea de operaciones que habría de seguir el invasor; pero, en los últimos años, el expresado campo atrincherado de Amberes se ha trocado en algo más que un molesto estorbo, para pasar á constituir un verdadero peligro. En efecto, dada la aproximación franco-inglesa y la rivalidad innegable en el terreno comercial, y por consiguiente en el terreno de la política internacional, entre Alemania y la Gran Bretaña, es de temer para los alemanes, y todos los indicios confirman sus temores, que si llega el caso de un choque entre Francia y Alemania, los ingleses transporten un ejército de desembarco á las costas que baña el Escalda y, ocupando ó maniobrando alrededor de Amberes, impidan prácticamente la violación de Bélgica por parte de los alemanes; claro que esta violación la habrían realizado artes los ingleses, aunque no puede decirse si sólo con el fin de ayudar á los franceses y contribuir á la derrota de los alemanes, lo que se traduciría en ventaja directa para los intereses británicos, ó si además procurarían obtener de su intervención en la guerra un provecho más inmediato y positivo. De todos modos, se comprende sin esfuerzo, y así lo reconoce la opinión en todo el mundo, que las fortificaciones de Amberes vienen á ser, hoy por hoy, perjudiciales á Alemania y favorables á Francia. Además, no deja de ser Bélgica una temible puerta abierta contra Alemania, si esta potencia se viera envuelta en una guerra en otra de sus fronteras. Por consiguiente, la neutralidad de Bélgica en el estado actual de sus fortificaciones y defensas, más bien parece encaminada á protegerse contra Alemania que contra otra cualquiera Potencia.

Este estado de cosas va á cambiar radicalmente si se lleva á cabo el proyecto del gobierno holandés, sometido á las Cámaras, de fortificar las bocas del Escalda y del Mosa.

Conviene advertir ante todo que á diferencia de Bélgica, Holanda no posee ningún reducto central de seguridad verdaderamente importante; como nación esencial y eminentemente marítima, Holanda procura ahora atender á la protección de sus costas, para tener libre la salida al mar y evitar al mismo tiempo que un presunto enemigo desembarque en ellas. Claro es que el temor á un desembarco no puede abrigarse lógicamente contra ninguno de sus vecinos que lindan por tierra con aquel pequeño reino, sino contra otro de quien le separe el mar, y por lo tanto se ve b en claramente quien es la potencia contra la que Holanda se previene de un modo especial, bien que sea innegable que al proceder como lo hace no cumple más que con un deber imperioso y de alta seguridad nacional. Bélgica asegura su neutralidad fortificando Amberes, su gran puerto comercial y centro á la vez de las comunicaciones del país; Holanda, potencia marítima, debe atender á sus costas y puertos. Pero, lo repetimos, aunque en la esfera de los principios cada uno de ambos reinos atiende á lo que directamente le conviene é importa, en la situación actual de la política resulta favorable á Francia y á Inglaterra lo que hace Bélgica y favorable á Alemania lo que va hacer Holanda, como vamos á ver.

Fortificadas las bocas del Escalda y el Mosa, queda de hecho cerrado á los ingleses el acceso á Bélgica y libres los alemanes de invadir esta nación, sin miedo á que intervenga un ejército inglés, á condición de contar con la amistad ó con la alianza de Holanda. Es decir, que se cerrará á la Gran Bretaña la línea de operaciones marítima más temible para Alemania y se abrirá á ésta la línea de operaciones terrestre más favorable contra una potencia el Oeste. De donde se infiere que el proyecto de fortificaciones de Flesinga favorece en gran manera á Alemania y mejora su situación de un modo extraordinario, hasta el punto de quedar poco menos que inutilizada la amenaza que contra aquel poderoso Imperio supone la *Entente cordiale*. De aquí por lo tanto la importancia que este asunto entraña, y la probabilidad de que en un conflicto armado desempeñen las nuevas defensas un papel importantísimo, por lo que creemos conveniente dar á conocer á nuestros lectores las bases principales de los proyectos del gobierno holandés.

En el preámbulo del proyecto presentado á las Cámaras, se comienza por decir que es cuestión de vida ó muerte para Holanda el mantener su neutralidad marítima y asegurar sus costas y las desembocaduras de sus ríos, por lo que pide que las obras de defensa comiencen por el puerto de Flesinga, situado en la desembocadura del Escalda, en una isla que domina todos los brazos del río; en ocho años han de quedar teaminadas las obras. Se encomiendan á la marina de guerra la ocupación de los frentes marítimos y el barrear las bocas del río. Además de Flesinga, se defenderá el canal que conduce desde el mar del Norte á Amsterdam, el paso de Texel que abre al Zuiderzee, el puerto de Hoek, inmediato á Rotterdam,

y todas las bocas del Mosa. El Zuiderzee, por su escaso calado, no se considera necesario ponerlo en estado especial de defensa. En una nota aclaratoria, el Gobierno explica la importancia de cada uno de los puertos y pasos marítimos y señala los medios de protegerlos, pero el punto más importante, por su alcance internacional, según queda explicado, es el de las fortificaciones de Flesinga. Acerca de ellas, he aquí lo que reza la nota:

„En el Escalda occidental, es absolutamente indispensable mantener la neutralidad intacta y defender el puerto de Flesinga. La flota holandesa no se encuentra en estado de proveer á esta necesidad, porque no posee bastantes acorazados para aceptar la lucha con una escuadra enemiga. Tampoco las fuerzas terrestres pueden por sí solas barrear las bocas y defender el puerto. Para impedir los desembarcos en el puerto y la ocupación de Flesinga y de toda la isla de Walcheren, se necesitarían tropas numerosas, cuyas comunicaciones estarían muy expuestas; nuestro ejército de campaña quedaría entonces muy debilitado.

„Un fuerte acorazado dotado de poderoso armamento, independiente, á prueba de asaltos, impedirá la utilización de Flesinga como base de operaciones. La ocupación de las islas y del ferrocarril de Middelburg-Berg-op-Zoom, perderá gran parte de su valor. Por lo demás, la construcción de esta obra de defensa no tiene por objeto crear un nuevo estado de cosas en nuestros deberes internacionales..

Los gastos presupuestos para la fortificación de Flesinga, importan once millones de francos; el total de los gastos que supondrá el poner en estado de defensa todos los puertos y costas antes señalados, asciende á ochenta y cuatro millones de francos.

Como se ve, no son sólo Alemania, Francia, Italia, Rusia, Japón, Estados Unidos, etc., quienes se preocupan de un modo serio y sobre todo práctico de atender á la defensa permanente de sus respectivos territorios valiéndose de la fortificación, sino que los pequeños Estados acuden también al mismo procedimiento. Y es que por fin se va comprendiendo que la defensa permanente de los Estados y el ejército de operaciones no son cosas antagónicas, sino que se completan y ayudan. En muchas ocasiones, el ejército por mucho que haga resultará impotente, como impotentes serán las fortificaciones si no se dispone de un ejército de campaña. Todo lo cual quiere decir que han pasado por fortuna los tiempos en que en estas materias tan primordiales de la seguridad nacional imperaban prejuicios y frases hechas, tan funestas como disparatadas. Esta es la lección más importantes que, en lo que nos concierne, se deduce de los proyectos del gobierno holandés sobre las fortificaciones de Flesinga.

## DESTREZA EN EL TIRO DE LA MARINA BRITÁNICA

He aquí los resultados obtenidos en los últimos ejercicios de tiro efectuados por la marina inglesa, que demuestran el excelente estado de instrucción en asunto tan importante, del que depende en parte principal el éxito de una guerra naval.

Barcos	Cañones	Disparos	Impactos	Impactos útiles por pieza y minuto
	30, 5 cm.	16	11	2,97
Africa	23 "	24	14, 1	2,93
	15 "	36	21	2,98
	30, 5 "	13	7, 2	1,65
Brittania	23 "	23	18	3,25
	15 "	55	45, 2	7,02
	30 "	14	11, 3	3,23
Lord Nelson	23 "	32	17, 1	3,64
	30, 5 "	14	8	2,05
New Zealand	23 "	23	11,3	2,25
	15 "	50	17,2	2,63
Temeraire	30, 5 "	37	29,3	3,35
Vanguard	30, 5 "	31	11,2	1,04
	30, 5 "	15	3	1,5
Majestic	15 "	71	57,1	5,8

## BIBLIOGRAFIA

*Invasoes francesas em Portugal.—3ª Parte: Invasao francesa de 1810*, por Victoriano José César, Teniente Coronel de Estado Mayor. Lisboa, 1910. 308 páginas (24×16), con grabados en el texto, y láminas con planos, mapas y teatros de batallas.

Las guerras napoleónicas en la Península tuvieron por principal y decisivo teatro la parte española de la misma, por lo cual no es de extrañar que en general no sea tan conocida la memorable campaña desarrollada en Portugal en los años de 1810 y 1811. Y sin embargo, las operaciones que tuvieron lugar en la vecina nación se distinguieron por una unidad y armonía de plan que no pudieron tener las que se desarrollaron en España; merece por consiguiente detenido estudio aquella campaña, de la que pueden deducirse notables enseñanzas, las cuales casi se han limitado, para el común de los que se han ocupado de tales guerras, á la notable defensa de las líneas de Torres.

El Teniente Coronel del ejército portugués, Sr. José César, ha dedicado un tomo de copiosa lectura á la invasión francesa en Portugal, exponiéndola con toda clase de pormenores y describiéndola en sus menores detalles, hasta el punto de que en ciertos pasages parece el libro un diario de

operaciones. Pero ello no impide que las batallas más notables, lo mismo que las maniobras y marchas que á ellas condujeron, tengan todo el relieve que merecen, y aparezcan perfectamente descritas en conjunto y en detalle.

Es este un libro bien documentado, maduramente pensado, escrito con seriedad y digno de sinceros elogios. Quisiéramos darlo á conocer, siquiera en alguno de sus periodos más interesantes, á nuestros lectores, pero nos detiene el temor de truncar la perfecta ilación del libro. Además de su excelente fondo y de la copiosa doctrina que encierra, distínguese este libro por la circunstancia de estar escrito en un estilo sobrio, desprovisto de adjetivos, que tan bien cuadra á los relatos históricos y á la crítica serena é imparcial.

El autor escudriña hasta el último límite la diferente participación que las fuerzas regulares é irregulares portuguesas tuvieron en las operaciones de aquella campaña, por lo que su obra es única en este concepto y resulta inapreciable para la nación portuguesa. Pero como este estudio de detalle se hace en forma de notas ó como continuación ó apéndice del cuerpo de doctrina, el libro no pierde nada de su positivo interés para el lector de otro país.

En suma, es este un libro de sólido mérito, que honra á su autor y que recomendamos á todos nuestros lectores, como complemento casi indispensable de los tratados (más conocidos entre nosotros) que se ocupan en las guerras de nuestra independencia contra los ejércitos de Napoleón.

---

*Etudes sur la guerre*, par le Lieutenant-Colonel Montaigne, breveté d'Etat Major. Paris, 1911, Berger Levrault, Rue des Beaux-Arts, 5.—351 páginas (25×16), 8 francos.

La literatura militar francesa es verdaderamente envidiable, tanto por la copiosa producción de libros como por la variedad de los mismos y lo soberbio de su presentación. Una de las obras más recientes y que más contribuirán á acrecentar el buen nombre de los escritores militares franceses, es la del Teniente Coronel Montaigne, *Estudios sobre la guerra*.

Libro originalísimo, abundante en ejemplos y citas arrancados de la realidad; labor de un convencido y de un hombre que sabe lo que dice y conoce los secretos de la profesión, los *Etudes sur la guerre* tienden á fundamentar ésta, es decir, su preparación, sobre su base principal, el hombre.

No es de ahora, sino de antiguo, la tendencia á devolver á este primer factor, de los tres principales que influyen en la guerra, la importancia que de hecho tiene; pero es innegable que hasta el presente nadie ha tratado con completo acierto la materia, pues unos se dejan llevar por sus conocimientos teóricos y concluyen, contra su voluntad, por olvidar ó poster-

gar el factor humano; mientras que otros desatienden las armas y el terreno; tanto en un caso como en otro se llega á consecuencias falsas.

El Teniente Coronel Montaigne puede envanecerse de haber desarrollado su tesis con maestría no igualada hasta ahora, en nuestro concepto, por ningún tratadista, aproximándose en su especulación escrita á lo que hicieron los grandes maestros de la guerra, con Napoleón á su cabeza, de un modo práctico.

Imposible de todo punto es extractar ni dar siquiera idea de los principales conceptos de este notabilísimo libro. Para que se comprenda la finalidad que persigue el autor, en otro lugar copiamos algunos párrafos de la Introducción, que seguramente harán nacer en nuestros lectores el deseo de conocer íntegramente tan substancioso estudio.

Se divide el libro en cuatro partes. La primera, El hombre y el miedo, consagra un capítulo al miedo y otro á los medios de combatir el miedo. La segunda parte, Las doctrinas actuales sobre el combate, consta de tres capítulos en los que se exponen las doctrinas francesas, las doctrinas alemanas y la batalla napoleónica. De seis capítulos se compone la tercera parte, titulada "Un concepto especial de la batalla:," los fines de la guerra y del combate, estudio del fuego, la obra de destrucción, el acto de terrorismo, la obra de aniquilamiento y los preliminares de la batalla. En la última parte, La ciencia de la guerra es una ciencia moral, se estudian el derecho y el deber de guerra, las doctrinas sobre la guerra, el carácter moral de los actos de la guerra, la voluntad de vencer y sus resortes, y la preparación del hombre al deber y al sacrificio. A modo de resumen, figuran unas conclusiones, en las que el autor compendia sus opiniones.

Quisiéramos que este libro fuese conocido en nuestra lengua y por todos nuestros oficiales, y que sus profundas enseñanzas abrieran amplia huella en los métodos de instrucción y preparación para la guerra que sigue el ejército. Pocos libros hay tan merecedores como éste del elogio sincero y desinteresado, y del entusiasta aplauso que tributamos á su autor, el ilustre Teniente Coronel Montaigne.

